

ALBUM DE LA ALHAMBRA

LA ALHAMBRA VISTA POR UN POLITICO DEL SIGLO XIX

La biblioteca y archivo de don Antonio Benavides y Fernández Navarrete —político, historiador y jurista español del siglo XIX— constituye un importante conjunto bibliográfico y documental cuyo análisis revela cada día nuevas facetas e insospechados matices de una personalidad verdaderamente interesante.

En nuestra Memoria de Licenciatura, consagrado al estudio de esta figura auténticamente representativa del político español del ochocientos, dábamos a conocer la riqueza de la citada biblioteca —entonces recién exhumada— y hacíamos alusión a diversos manuscritos hallados entre sus papeles que podrían aportar nueva luz para un conocimiento más profundo del personaje y de su época¹. En efecto, un examen más reposado y minucioso de los mismos empieza a dar sus primeros frutos en la tarea de una mayor aproximación al talante humano y trayectoria ideológica de Benavides al mismo tiempo que suministra datos y noticias muy apreciables sobre la política y la economía, la sociedad y las costumbres, la cultura y el arte de nuestro siglo XIX. A este último aspecto pertenecen estos “Apuntamientos sobre Arquitectura y Alhambra de Granada”, cuya publicación juzgamos de interés tanto por su valor intrínseco como por cuanto viene a confirmar la variada gama de preocupaciones y la formación humanística de su autor.

¹ Véase nuestra Memoria de Licenciatura inédita: «Don Antonio Benavides y Fernández Navarrete (1808-1884)». Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Granada, 1971.

El manuscrito, que no aparece fechado, hubo de ser redactado entre los años 1832 y 1836 en la isla de Puerto Rico, donde Benavides residió ocupando el cargo de Fiscal Togado de la Audiencia². A la citada isla se refiere cuando, en la introducción a su estudio sobre la Alhambra, recuerda con nostalgia sus años de Universidad en la capital granadina³ y se siente confinado en este peñón del Nuevo Mundo”.

El término “ante quem” nos lo proporciona un “Diario de navegación de Cádiz a Puerto Rico”, aparecido también entre sus papeles, fechado entre el 23 de mayo y el 20 de junio de 1832, donde Benavides nos relata —con cierta minuciosidad y tono romántico, de acuerdo con la moda literaria de la época— las vicisitudes de la travesía y la llegada a la isla donde habría de permanecer hasta 1836 en que el río revuelto de los acontecimientos peninsulares aconsejara su regreso a España.

Son realmente escasas las noticias que poseemos sobre la estancia de Benavides en Puerto Rico. Lo que parece evidente es la influencia decisiva en estos primeros pasos de su tío materno don Martín Fernández Navarrete, quien conseguiría del entonces todopoderoso Calomarde el pingüe cargo de colonias que disfrutó su sobrino⁴. Por otra parte, está fuera de dudas que la estancia en ultramar sirvió a Benavides de trampolín para la iniciación de su carrera política.

En efecto, inmediatamente después de regresar a España y afiliado desde el primer momento al partido moderado, Benavides logra hacerse elegir diputado gracias a la ayuda de sus numerosos amigos y familiares⁵, desplegando una intensa actividad en todos los ámbitos de la vida madrileña: colabora en varios periódicos, asiste a las sesiones del Ateneo donde comienza a adquirir prestigio como orador, aprende las reglas del juego parlamentario y, en suma, se prepara para saltar al primer plano de la política nacional en cuanto las circunstancias le sean propicias.

Sin embargo, la ocasión tardará en llegar, pues la subida de Espartero al poder le empujará al exilio acompañando a María Cristina y los jefes moderados. En

² TAJUECO GALLARDO, Emilio: *El libro de los diputados o fisonomía del Congreso de 1851*. Madrid, 1851; pág. 209.

³ Benavides había estudiado en el Colegio Mayor San Bartolomé y Santiago el Mayor de Granada en cuya Universidad consiguió más tarde una cátedra de Jurisprudencia. El profundo estado de decadencia que atravesaba la Universidad en aquellos momentos junto con sus ambiciones políticas indujeron a Benavides a abandonar la vida académica en 1830.

⁴ Don Martín fue un afamado marino que participó en importantes acciones de guerra. Escribió varias obras de viajes y fue Director de la Real Academia de la Historia, entre otros cargos.

⁵ Vid. MARTÍNEZ VILLEGAS, Juan: *Los políticos en camisa. Historia de muchas historias, escritas por... y un jesuita*. Madrid, 1847; tomo IV, págs. 7-9.

Francia traba amistad con los prohombres del partido, distinguiéndose entre los conspiradores que luchan por derrocar al Duque de la Victoria. Cuando en 1843 logran sus objetivos, Benavides fue nombrado Jefe Político de Madrid gracias a la ayuda del omnipotente Narváez, cuya amistad conserva hasta la disidencia de las Cortes de 1845, cuando los “puritanos” que dirige Joaquín Francisco Pacheco —entre ellos Benavides, que desempeña un importante papel en las discusiones parlamentarias— se oponen con clarividente visión de futuro a la reforma constitucional.

Su primer ministerio no llegará hasta 1847 en que ocupa la cartera de Gobernación del gabinete “puritano” de Pacheco, que desgraciadamente ha de posponer los ingentes problemas de la vida nacional para ocuparse de las desavenencias entre los regios esposos, fruto temprano de un descabellado matrimonio ⁶.

Benavides volvió a ser ministro en los gabinetes de Roncali (1853) y Arrazola (1864), ambos de muy escasa duración (corresponden a la época que Comellas denomina “de los gobiernos efímeros) y siempre como ministro de la Gobernación. A partir de este momento y hasta 1874 su vida política decae en beneficio de actividades netamente culturales: labor en la Real Academia de la Historia (de la que fue director desde 1864), investigaciones, etc.

Finalmente, su nombre reaparece en la política con la restauración alfonsina al ser nombrado por Cánovas embajador en el Vaticano, con una doble misión: lograr lo antes posible el reconocimiento del trono de Alfonso XII por la Santa Sede y gestionar la urgente presencia en España de un Nuncio que restableciera las relaciones diplomáticas y contribuyese a la pacificación del país amonestando al clero partidario de la causa carlista. Sus gestiones hacían presumir un resultado claramente positivo, pero los rumores que empezaban a llegar a Roma sobre la solución que se pensaba dar al problema religioso en el futuro orden constitucional vinieron a ensombrecer el panorama de las relaciones con Roma. Fue precisamente el desacuerdo en torno al contenido del artículo 11 de la Constitución lo que causó la ruptura entre Cánovas y su Embajador y como consecuencia la retirada definitiva de Benavides de la política activa. A continuación se trasladó a Villacarrillo (Jaén) donde murió en 1884.

* * *

⁶ BERMEJO, Ildefonso: *La Estafeta de Palacio*. Madrid, 1871, tomo III, págs. 800-805; y COMELLAS, José Luis: *Los moderados en el poder*. Madrid, 1970: págs. 248-249.

Los "Apuntamientos sobre arquitectura y Alhambra de Granada" forman un manuscrito compuesto de 44 folios, escritos por ambas caras, que han llegado hasta nosotros en perfecto estado de conservación. El tamaño de los folios, que posteriormente fueron cosidos formando una especie de cuadernillo, es de 310 por 210 mm., empleándose papel del tipo que utilizaban los organismos oficiales de la época ya que varios folios aparecen timbrados en su parte superior con el sello que lleva la siguiente inscripción: "FERD. VII. D.G. HIP. REX. Años 1830 y 1831. Sello 4.º, 1 cuartillo".

La letra no presenta demasiadas dificultades. En cuanto a la grafía hemos optado por actualizarla en las contadas ocasiones que presenta diferencias con la de hoy (especialmente en el uso de b, v y h). Igualmente hemos efectuado cambios en los signos de puntuación, siempre en aras de una lectura más fácil y cómoda.

El mismo rótulo que el autor colocó en el folio que sirve de portada al manuscrito indica con claridad las dos partes en que se divide el mismo: en primer lugar unas breves notas sobre arquitectura que abarca los quince primeros folios, y a continuación una especie de guía descriptiva de la Alhambra salpicada de interesantes reflexiones sobre el arte musulmán, que comprende los restantes. En ambos casos el autor sigue de cerca (las citas y referencias son muy frecuentes) a Jovellanos, cuyas obras "Elogio de las Bellas Artes" y "Elogio de don Ventura Rodríguez" demuestra conocer a la perfección. ¿Fue la crítica del arte el camino por donde Benavides inició sus contactos con el pensamiento jovellanista cuyas líneas maestras siguió con tanta fidelidad en su trayectoria política e ideológica?

Cristóbal García Montoro.

JUNTA DE ANDALUCÍA

CONSEJERÍA DE CULTURA

"Apuntamientos sobre la Alhambra de Granada"

Patronato de la Alhambra y Generalife

Cuando por primera vez vi con entusiasmo los deliciosos alrededores de Granada, y consideré la dicha de vivir en tan encantadora ciudad, sentí una conmoción de género tan nuevo, pero tan agradable, que jamás he podido olvidar; y aun hora mismo (sic) siento placer al recordar aquel feliz momento. Nunca goza de la impresión viva, ni de las ideas que excita el mar insondable, el que vivió en su ribera desde la niñez y se acostumbró al ruido de las olas. Tan cierto es que los más grandiosos y sublimes objetos pierden mucho del brillo que los rodea cuando se presentan diariamente a nuestros sentidos; el mar no es entonces un ob-

jeto sublime ni para el filósofo que ve las cosas de modo distinto que los profanos; y a una vieja encina, o la ruina de un gran templo no les tributan el respeto debido a tales objetos los caminantes, al paso que el filósofo halla en la primera la idea del tiempo, de la sabiduría y de la respetable ancianidad, y en las otras el fugaz curso de los años sin fin.

Digo esto, porque nacido y educado en medio de los campos más fértiles, en medio de los prados más risueños cubiertos siempre de azahar y lirio, en medio de los más sublimes espectáculos de la naturaleza, en una atmósfera pura, embalsamada de continuo con los preciosos aromas que despiden la madre selva y los arrayanés, miraba con desprecio estos privilegios del país más encantador del mundo, o por mejor decir no los conocía; miraba las cimas del Veleta y del Muley Hacén y creía encontrar por doquiera montes más placenteros; veía deslizarse mansamente las aguas del Genil y Darro y regar en su curso aquellos preciosos cármenes, albergues de las gracias y los amores, y me figuraba otros rios empleados en un mismo objeto. La celebridad de la Fuente de Vacluse me hacía despreciar la modestia y el encanto de la del Avellano, y por último pisaba casi sin saberlo con planta profana los alcázares regios de los que un tiempo fueron nuestros señores.

Me avergüenzo al referir esto, y al considerar que pasé los mejores años de mi vida en el país que más habla a la imaginación entregado a pasatiempos juveniles, y gracias siquiera que no del todo lo perdí, pues seguía los aristotélicos estudios en aquella gran madre que tantos hijos cuida a un tiempo.

Volví en cierta época de un pequeño viaje que me entretuvo unos días; mi juicio se había formado del todo; el curso de mis estudios había concluido, y seguía el del gusto y las Bellas Artes, acordándome de aquel precepto de nuestro gran Quintiliano: "Suaviza las costumbres el estudio del gusto y de las artes", y mi corazón estaba dispuesto a sentir vivamente la impresión de los objetos que afectaban mis sentidos.

Volví a Granada y dos horas antes de anochecer divisé la gran ciudad y los encantadores bosques que la rodean. Confieso que nunca hasta entonces había recibido mi alma más fuerte impresión. Aquellos campos que allá un día fueron el teatro de sangrientas escaramuzas trabadas entre los tan valientes guerreros de aquel siglo bizarro, hoy los veía labrados por el rústico villano y engalanados con el matiz verde de sus tempranos frutos. El Beyro y el Cubillas, tintos tantas veces con la sangre de la juventud granadina, hoy claros mostraban en el fondo la más menuda de sus arenas. La hoz y la espadaña (sic) brillaban a los escasos rayos del sol próximo al ocaso, como en otros tiempos los yelmos y medias lunas;

y en un recuesto solitario leía el venerable cura de un pueblo inmediato el interesante libro de los granadinos "La historia de las guerras civiles de Granada".

Si a esto añadido el temple delicioso de aquella tarde, el color azafranado de las copas de los árboles, la gran ciudadela de la Alhambra que dominaba aquella ciudad empírea y las cumbres del Veleta y Muley Hacén que semejaban a un monte de nácar y púrpura, sentirán quizá mis lectores si son granadinos aquel encanto secreto y respetuoso que tributo cada día y cada momento a los gratos recuerdos de la mansión del ingenio y la belleza. Desde aquel día conocí la dicha de vivir en una ciudad de tantos atractivos, y ocupé el tiempo precioso que en balde perdiera en los años anteriores, mas nunca pensé en hacer un ensayo por escrito de mis opiniones tocante al origen de la arquitectura árabe que admiramos en el palacio de Abu-Abdalla, ni tampoco hacer una reseña de los monumentos artísticos más notables que se admiran por los extranjeros y se miran [con] indiferencia por los naturales. La casualidad, y quizá mi fortuna, me ha confinado en este peñón del Nuevo Mundo, desnudo de cuanto puede interesar a un hombre aficionado al saber. Yo no tengo aquella sed hidrópica de riquezas que tan común suele ser en las gentes de la vieja Europa; mi ambición se limita a morir en mi patria, contribuir a la felicidad de mis contemporáneos y dejar un buen nombre a la posteridad.

El presente trabajo se limita a los puntos que van indicados, y si alguno creyera podía ser más extenso o advierte alguna falta sustancial en las descripciones, considere por un momento que escribo a mil quinientas leguas de distancia, que vivo en un país donde el manuscrito más antiguo no pasa del año de veinte, y es corroído de comején y polilla; por último, que alguna vez la memoria nos hace traición bien a nuestro pesar.

JUNTA DE ANDALUCIA
 CONSEJERÍA DE CULTURA
 Patronato de la Alhambra y Generalife

CIUDADELA DE LA ALHAMBRA

En dos colinas fronterizas, y cuyas cimas dominan a Granada, se edificaron en lo antiguo dos fortalezas dichas el Albayzín y la Alhambra. La primera alojaba los moros de Baeza que la abandonaron cuando la reconquistó S. Fernando; y la segunda estuvo destinada desde sus principios a servir de aposento a los reyes. El tiempo, más poderoso de los califas, ha variado el destino que le dieron sus primeros señores, y el Albayzín alberga ahora los restos de la perdida arte de la seda, y la Alhambra únicamente ofrece recuerdos agradables al ver las mudas ruinas del más suntuoso palacio de un monarca.

No se necesita más que ver esta fortaleza tal como está en el día para reputarla por de primer orden entre las de la Edad Media; un lienzo de muralla alrededor de todo el perímetro de la figura del plano y flanqueada de corpulentas torres la hacían inexpugnable antes de la invención de la pólvora; mas ahora no sería fácil defenderla; las alturas inmediatas de la Silla del Moro y las que coronan el Monte Santo la destruirían en pocos minutos. Su situación es al este de la ciudad y la más propia para gozar de un punto de vista prodigioso extendiéndose hasta la Sierra Nevada, Sierras de Alhama y de Elvira que rodean un espacio de ocho leguas, el más fértil y pintoresco de cuantos ha podido pintar la imaginación exaltada de un poeta.

Sus torres principales son: la de Comares, cuyo interior es la gran sala de los Embajadores, la del Homenaje, las Bermejas la de los Infantes, la llamada hoy de la Vela, la de la Justicia que defiende aún la entrada de la puerta del mismo nombre, y la de los Siete Suelos que ha dado materia para engañar la ciega credulidad de algunos granadinos contando misteriosas apariciones y descubrimientos de tesoros y otras patrañas de este jaez muy propias de aquellos lugares y acomodadas también a la fabulosa tradición con que se ha engalanado la historia árabe de la última época de su dominación en España.

Parece imposible que resistan aún a las injurias del tiempo aquellas enormes moles que nuestros reyes abandonaron a sí mismas, quizá como en desprecio de la profanación de nuestras iglesias en la época que siguió al vencimiento de Rodrigo; pero sea por esto o lo que es más cierto por un descuido imperdonable, aun se conservan merced al estado de perfección a que había llegado el arte de construir entre nuestros dominadores, y al esmero con que acabaron aquella obra inmortal que admirarán muchos posteriores siglos.

La Alhambra está edificada según el gusto de los árabes de reunir lo más agradable y delicado en las habitaciones, dejando los exteriores sin más adornos que su extrema sencillez. En efecto, ni las murallas, ni las torres, ni la fachada de su palacio tienen una sombra de la riqueza de sus aposentos, de las prodigiosas labores y trepados con que parece una filigrana tan bien dispuesta para servir al gusto de sus voluptuosos habitantes. En esto se diferencia precisamente la arquitectura árabe de la gótica, pues esta última adornaba las fachadas de sus edificios aún más que el interior, y sirva de prueba la catedral de León, de Burgos y de Sevilla. Lo que no tiene duda es que los árabes poseían en alto grado las ciencias matemáticas y señaladamente la geometría, pues sin un conocimiento muy profundo de ella no se hubieran determinado a elevar sus edificios aislándolos tan valientemente que admira en el día la altura de algunas perpendiculares y la dis-

posición particular de algunos ángulos tan obtusos que acercándose ya no dos líneas a formar una sola (sic).

La Alhambra fue edificada por Abú Abdallah Ben Nasser, nombrado Elgatib Billah, vencedor por el favor de Dios; reinó desde el año de 1231 hasta 1273; y consagró su vida y sus tesoros en esta magnífica obra que concluyeron sus sucesores hasta reunir en un punto limitado cuanta seguridad era indispensable en los tiempos de guerra y cuanto lujo y magnificencia podía halagar en los tiempos de paz.

Un autor llamado Hofnagel que escribió una obra titulada "Civitates orbis terrarum", hablando de la Alhambra dice: "Este palacio puede considerarse como la delicia de los reyes, sin saber qué admirar más, si el ventajoso sitio en que está situado o la belleza del país que la rodea. A doquier que se extienda la vista no hay lengua para celebrar la riqueza con que la naturaleza ha acudido a las campiñas de Granada. Se ven al Oriente y al mediodía montañas coronadas con eternas nieves, manantial fecundo de las frescas aguas que corren por la ciudad repartiendo salud y contento, y al norte y al occidente la vista se pierde en un valle encantador matizado con los colores peregrinos de las flores y enriquecido con sus frutos".

Parece que se llamó Alhambra o Medinat Alhamra, es decir, ciudad encarnada, a causa del color de los materiales con que está edificada siendo el mismo el de la tierra de todos aquellos cerros que están alrededor. La argamasa de los muros y torreones de la fortificación es más dura que el mismo mármol y si bien el secreto de su composición se ha admirado por nuestros obreros, no ha sido imitado aún, y esta es la principal causa de la eterna duración de unas obras que resisten a la injuria de los siglos siendo una muda apología de la grandeza y ostentación de sus soberanos y la mejor exposición de las artes de aquella época.

Súbese a esta ciudadela por dos parajes a cual más encantador y pintoresco; uno de ellos y no el principal es por la carrera de Darro y cuesta hasta la puerta de yerro; este camino es una abertura en el mismo monte que sirve de cimienta a la fortaleza: figúrense mis lectores a la derecha un bosque impenetrable de gigantescos arbustos que cuando menos presenciaron la suntuosa corte de Boaddil; a la izquierda los cármenes de la fuentes y de prieto donde el pueblo ismaelita celebraba sus fiestas del Beyran, y vuelvan la vista a su espalda y verán los edificios de la más noble de las ciudades elevarse en anfiteatro desde el humilde convento de las Bernardas hasta el alto collado donde está situado San Nicolás; allá a lo lejos la Colegial del Monte Sacro, y las famosas angosturas del Darro que terminan en Jesús del Valle; y vuelvan la vista hacia adelante y admírense con el acue-

ducto que se presenta para llevar el agua a un jardín vecino y con la agradable concurrencia de modestas granadinas que vienen a beber con fe pura y sincera la rica agua de la Fuente de la Salud que destilan abundantemente las rocas de la fortaleza. Es algo penosa esta cuesta, tanto por su pendiente como por lo descuidado del camino cubierto de piedras movedizas arrojadas allí de continuo por las lluvias, pero cuán recompensados son todos los trabajos al llegar a una calle de álamos que da entrada a la plazuela de Santa María y de donde se ve descollar ya el palacio magnífico del Emperador, parecido a un monumento griego, y las altas torres de la fortaleza que semejan los inexpugnables castillos de los varones de la Edad Media. Si la vista se recrea con el hermoso paisaje que ofrecen la siempre viva naturaleza, el entendimiento aún más con el contraste de aquellos gloriosos monumentos, y al labio se le escapa sin sentirlo: "esto Fabio, oh dolor, que ves ahora campo de soledad mustio collado fueron un tiempo Itálica famosa".

La entrada principal es por las puertas de las Granadas y de la Justicia. Siempre subiendo desde la Plaza Nueva y calle de los Gomeles se llega a la primera construida rústicamente como puerta de campo; es toda de piedra dura a medio pulimento sin otro adorno que tres granadas por remates, y los modillones de su fábrica; sólo tiene un arco de mucho espesor, bien que concluye por un lado y otro con un lienzo de pared hasta llegar de este modo a las de la calle, impidiendo la entrada por otro sitio que por debajo del arco.

Apenas se ha salido de la calle de Gomeles se presenta una decoración enteramente nueva y nos creemos trasladados a un parque de alguno de los castillos de las hadas y esperamos el premio o el castigo del atrevimiento; tres caminos se ofrecen para guiar nuestro paso a cual más placentero; el de la izquierda conduce directamente a la Puerta de la Justicia; el del centro a la Puerta del Generalife y el tercero al campo de los Mártires; todos tres refrescados con las sombras de los tilos floridos de una altura prodigiosa; las fuentes que salpican sus copas y cascadas a uno y otro lado se despeñan donde sólo luce la naturaleza por no haberse atrevido el hombre a poner la mano en un cuadro tan acabado.

El primero es más usado por más corto para ir a la fortaleza y los altos adarves de las torres que guardan la puerta de la Justicia; y el silencio que reina en aquellos lugares en otro tiempo adornados con la numerosa y brillante corte de los califas, llenan el alma de un recogimiento santo del que viene a salir cuando un anciano militar cubierto de andrajos y heridas y con las armas mugrientas y arriadas a un portal pide limosna para una venerada imagen de Nuestra Señora. La idea de la religión santa de Jesucristo dominando en aquellos lugares donde aún casi brilla el poder y riqueza de los miramolines, el poder de los antiguos reyes

de Castilla, el valor y denuedo de nuestros Ponces, Pulgares, Gonzalos y Laras, ocupan tiernamente el alma del granadino hasta llegar frente a frente de la puerta de la Justicia; mas antes ha pasado una cruz que descansa sobre una columna árabe como demostrando el triunfo del Evangelio sobre el Alcorán; y un pilar donde a la par luce la imaginación del artista y el noble empleo de las Bellas Artes; llámase vulgarmente de Carlos V por haberse dedicado en su tiempo a este Emperador según se ve por una inscripción que está escrita en una losa de mármol en la parte superior del pilar: "Imp[erante] Caesari Carolo Quinto Hisp[aniarum] Reg[i]". Están figurados los ríos de Granada alegóricamente con los emblemas que a cada uno distingue: el viejo Darro regando los cármenes bellos y sus frescas y olorosas flores; el Genil los frutos dorados de Ceres y Pomona, y el Beiro los dones del padre Lico; (encima de la inscripción descansa el escudo de las armas, motivo que sostienen dos genios, y en los intermedios de las pilastras están trabajados a medio relieve medalloneitos que contienen fábulas ingeniosas, todo del mejor gusto); el tiempo acabará con esta preciosa obra que en sus injurias muestra aun ya en el día el descuido de Granada.

La Puerta de la Justicia o entrada principal de la fortaleza es una torre cuadrada sin otro adorno que sus almenas, y un arco de más de medio punto, almohadillado cuyos arranques parten del mismo muro de la torre; en la parte superior del arco hay una llave y más arriba un brazo de tamaño más que el regular, emblema que han procurado explicar algunos eruditos diciendo unos que eran los de la justicia, como que acostumbraban los árabes a administrarla en la puerta de sus palacios, bien como muestra antigua en las puertas de los templos, y otros que tradicionalmente se sabía que cuando el brazo pudiese coger la llave sería cuando se entregase la fortaleza, como demostrando en esto el poder de aquella ciudadela y procurando impresionar al pueblo el decidido favor de Alá y de su cuidado hacia su gente granadina.

Después de pasar el hueco de la torre (y varios arcos que defendían la entrada) hay una capillita donde se venera una devota imagen y el cuerpo de guardia montada por los valerosos veteranos un tiempo probados en los dos mundos; se llega a poco a la gran plaza que llaman de los Aljibes por los dos que contiene, y cuya obra atribuida a los árabes podrá competir con las más famosas de los emperadores romanos; he bajado muchas veces a ellos y siempre he admirado la alta bóveda sostenida por machones aislados que dividen unas largas y espaciosas naves, formando un vaso capaz de contener un inmenso volumen de agua inagotable por mucho tiempo que durara un sitio. La gran fachada de poniente del palacio del Emperador es el más singular adorno de esta gran plaza, si no conta-

mos unas malas casuchas y un juego de pelota que ocupa una de sus bandas. Pero antes de pasar al palacio árabe quiero divertir a mis lectores asomándolos al pretil que mira hacia el norte; y creo que quedarán admirados al ver casi toda la ciudad a sus pies distinguiendo el interior de los monasterios de la carrera de Darro y sus casas, el río cuyo curso aparece lento y tardío por la gran distancia que media, la llanura de la vega hasta Pinos Puente y Atarfe, y las colinas de San Miguel y el Sacromonte que coronan aquellos montes festoneados de granados, avellanos y nopales.

A un lado del palacio del Emperador tiene ahora su entrada la casa árabe, bien que en lo antiguo parece la tuvo en la fachada del mediodía, contigua al mismo palacio; nada en lo exterior indica que pueda allí encerrarse tanta preciosidad y riqueza; en el medio de una pared lisa y moderna hay una puerta tosca, machucada en varios parajes merced a los fuertes golpes de los curiosos que van a ver la morada de Boabdil y no tienen paciencia para esperar: ¡Qué mudanza tan grande! Entonces la primera nobleza granadina esperaría una, dos y tres horas en la puerta del monarca, y ahora los rústicos de nuestros campos profanan a porrazos la majestad de aquellos lugares, ni es lo mismo entrar en tan regios alcázares que en las pagriás chozas de Alendín (sic) y Maracena; respetad siquiera la memoria de aquellos cuya frente estuvo ceñida con la diadema granadina.

Abrese al fin la puerta, y gózase de un espectáculo no esperado; inquieta la vista, vaga por aquella multitud de bellezas esparcidas en aquel primer patio; no sabe si atender a los recortes de las murtas que forman mesas y otras figuras caprichosas y gustosas, si al pavimento de mármol mejor que el de Carrara, si a las finas y exquisitas labores de los zócalos de aquellas paredes, y si la vista se extiende fuera de aquel bello recinto y descubre el patio de los Leones, o la gran sala de los Embajadores, ansiosa aspira a correr sin hartarse tras bellezas nuevas que cada una le añade nuevos encantos, y sin fijarse en ninguna ni acierta a proferir una expresión que no sea hija del entusiasmo ni puede mucho tiempo coordinar las diferentes ideas que despierta en su alma aquel monumento soberbio, hijo del poder y del buen gusto, y del que no tenía ni remotamente idea de su existencia. Añádase a esto el suave olor del lirio, del laurel y la pomarosa que embalsama el ambiente de aquellos aposentos reales; las transparentes aguas que corren de una a otra habitación, y recuerde en aquellos momentos la memoria los hechos tan famosos que a fines del siglo XV pasaron en aquel gran teatro, en aquellas mismas losas, y entusiasmada el alma responderá a las sensaciones que experimenta con los ecos agradables de honor, gloria y amor; tal es la impresión que

se siente al ver la Alhambra por primera vez. Una y otra y otra vez se ve la magnificencia de los árabes, y una, dos y tres veces y mil se admira, sin poder jamás presentarse con indiferencia ni a lo ojos del más común observador. Voy pues a hablar con la oportuna separación de las partes, que contiene este bello monumento, único en su género en la Europa; y si al hablar de sus preciosidades me entretengo aún más que debiera saboreando mis escasas noticias, disimulen mis lectores estos recuerdos a un granadino que suspiró la primera vez a la sombra de un laurel del Generalife, y que gime ahora lejos de su dulce patria, en un país que no le ofrece otra cosa para la contemplación que el ruido de las espumosas olas y los gritos de los esclavos.

Patio de los estanques.—Este patio que algunos extranjeros mal informados han llamado el patio de los baños, no fue nunca destinado a este uso, aunque bien pudiera por los estanques que lo ocupan; puede considerarse como el gran vestíbulo del palacio de donde se ven las principales habitaciones y la galería alta que conduce a las interiores. Los estanques retratan el verdor de las murtas y flores que hay sembradas en abundancia y a veces los altos caballetes de los encumbrados techos; las paredes están adornadas hasta la vara y media de suelo con el azulejo morisco diestramente labrado, y primorosamente colocado; de ahí en adelante se ve la filigrana árabe en sus variantes labores en toda la extensión de los muros aunque por desgracia bastante descuidada. En la banda del norte de este patio que es un paralelogramo se halla la gran torre de Comares y la Sala de los Embajadores de que hablaremos con especialidad; y antes de su entrada un peristilo formado por una arquería exterior sostenida de columnas y labrados prodigiosamente sus arcos; una perpendicular a la columna y prolongada hasta el fin de la pared divide las labores de unos y otros arcos guardando éstos sus contornos y terminando en la parte superior en una recta para dar lugar a una prolija cenefa de distinta labor que formando un ángulo recto con la perpendicular que baja se pierde en el centro del capitel de la columna; el arco de en medio que da entrada al salón es mucho mayor que sus colaterales y de distinta labor, aunque no se invierte en ellos el orden observado, como pocas veces lo invirtieron los árabes; aún tendremos lugar de notar las propiedades de su columna en cuya construcción siguieron un método diferente de la antigua arquitectura, y a mi parecer perdieron mucho.

Se alcanza a ver desde este patio una gran galería arqueada en la que nada se nos ofrece, que decir, sino que siguen sus arcos el método ya indicado. Al lado derecho o fin de la banda del este está la entrada del Patio de los Leones, pero antes hablaremos alguna cosa del arco y de la columna árabe.

De la columna y del arco.—Un tronco de un árbol debió ser el primer albergue del hombre que conoció la necesidad que tenía de guarecerse de las intemperies de las estaciones; éste fue el principio de la construcción, y como sin ella nunca hubiera existido la arquitectura, este fue también su principio, pero la distancia que media del tronco del árbol hasta el palacio del Louvre o hasta el monasterio del Escorial nos indicará fácilmente los grados intermedios que ha corrido hasta llegar a la admirable perfección con que hoy día celebramos tales edificios.

Es posible que los hombres mejorasen muy pronto las guaridas que por necesidad habían inventado; la especie humana no deja de ser fecunda cuando trata de mejorar de situación, tanto esto como la observación que haría de la república de los castores allá en los campos y las golondrinas, le daría idea para emplear el barro, las ramas y los troncos de los árboles en chozas miserables que les parecerían en aquellos rudos tiempos palacios magníficos; la idea de un postel o estante para sostener el techo de la choza sería regularmente lo primero que se les ocurriría; estos pósteles sin pulir ni labrar quedarían con la misma figura de troncos de árboles bien que algo desembarazados de follaje y he aquí el origen de la pilastra y columna, parte en la arquitectura tan esencial y acaso la más antigua.

Asentados los postes en el suelo, debieron poner en su final otros de cabo a cabo, y cubrir de tablas todo este espacio, pero viendo que aún la lluvia y el sol penetraban fue preciso inventar los adobes, ladrillos, etc. Hasta este tiempo los carpinteros son los únicos instruidos en el arte de edificar, pero los arquitectos imitaron estas toscas fábricas y hacían de piedra tosca o mampostería lo que los carpinteros de madera; observaron éstos que los pilares no asentaban perfectamente en los tirantes que sostenían el techo, colocaron entonces sobre su extremidad una tabla lisa, he aquí el principio del capitel; observaron después que la parte que descansaba en el suelo con la humedad se pudría fácilmente, pusieronle debajo un ladrillo o piedra cuadrada y he aquí el origen de la basa. Observaron después que el mucho calor solía abrir estos posteles o maderos, y los ciñeron con arcos de hierro o bien fuertes ligamentos, y he aquí el origen de los filetes, tondinos y cordones; los arquitectos todo lo imitaron en piedra, hicieron redondos estos posteles y copiaron como adorno lo que sólo introdujo la necesidad, pero casi todos los descubrimientos en la arquitectura, desde este tosco principio hasta el capitel de Calímaco son debidos a meras casualidades, a caprichos que después el gusto y la ciencia perfeccionaron en los famosos edificios de los griegos.

Si hemos de buscar alguna analogía entre la columna árabe y alguna de los cinco órdenes, la compararemos a la corintia por su finura y esbeltez, como que re-

presenta el cuerpo de una linda matrona. El capitel suele ser mayor y se diferencian aunque no esencialmente pero sí en las diferentes labores. Carecen dichas columnas de pedestal; jamás lo he visto usado en la arquitectura árabe; sólo la basa que ni con mucho es tan elegante como la ática, y cuyos filetes y tondinos del capitel a veces están muy multiplicados, y tan gruesos que parecen abrazaderas de hierro o anillos de cuerdas. La columna es más delgada que la griega e igual el diámetro de un fuste por arriba y abajo, y el capitel, grande en demasía, afea uno de los primores de la arquitectura.

He visto muchos capiteles árabes en Granada, diferentes algunos de otros en todo, como que son imitados del orden corintio y compuesto que parecen halagaban más que los otros la exaltada imaginación de los árabes; hay algunos totalmente griegos o romanos, con tanta prolijidad cortadas sus hojas de acanto y arregladas en volutas que parecen modelados por Vignola; pero no era la imaginación de los cultos árabes para imitar servilmente; se separaron de los modelos y dieron entrada en su capitel a diferencias en que no siempre llevaron lo mejor. Trece tengo a la vista; todos diferentes y todos se parecen, pero los más convienen en algunas particularidades: el ábaco es algo parecido al de los griegos en el corintio, aunque el cuarto bocel es un talón; tienen tondino todos ellos; y desde el vivo donde termina el talón una recta señala el vivo del capitel, hasta que a su mitad formando una comba da entrada a un segundo cuerpo de labor distinta y como formando parte de la columna, pero tiene el mismo diámetro de un fuste, hasta llegar a otro tondino donde concluye el capitel que puede dividirse en estas tres partes. Todos siguen estas reglas aunque varían infinito en las labores. Estos capiteles cuyas prolijas labores están trazadas al capricho y sus dimensiones alteradas tienen un parecido particular a los que se ven en los edificios góticos de los siglos catorce y diez y seis, y pudiéramos señalar entre ellos los que tienen las columnas que adornan el patio del palacio del duque del Infantado en Guadalajara. El cornijón o entablamento difiere en extremo del de los griegos; no hallamos cuerpos salientes ni división en cornisa, frisos, etc.; hallaron por más fácil hacer sus muros seguidos, aunque diestramente labrados, y a imitación del friso de los antiguos por todas partes extendieron sus trepados y calados, sin esculpir nunca figuras ya de hombres ya de brutos por ser cosa prohibida por la ley de Mahoma.

Como las fachadas de sus edificios no estaban adornadas de modo alguno, no tuvieron necesidad de usar la columna arrimada a parástedes, y siempre la usaron aislada descansando el pie del arco en el capitel, como se usa entre nosotros para galerías o peristilos. Sus arcos guardan la misma proporción que los de la

arquitectura griega y romana hasta la imposta donde tienen su luz de ancho, la mitad de su altura, pero desde las impostas varía mucho, porque si tiramos una perpendicular desde el vivo de la imposta en lugar de confundirse con el vivo de la columna se separaría en términos que al llegar a igualarse la línea con la columna formaría con ella una paralela, dejando un claro grande y por consiguiente mucha más luz al intercolumnio que la que tiene en la parte superior. No deja de tener dificultad este modo de construir, porque la obra que media entre el capitel y la imposta hay que figurarla al aire, presentándose a sostenerla el mucho vuelo del capitel, y un cuerpo de figura regular como paralelogramo o cuadrado que podíamos llamar segundo capitel, o parte del primero si no temiéramos poner dos cabezas o la de un monstruo al cuerpo de una gentil doncella.

Patio de los Leones.—Entrase a este patio por la banda del este del de los Estanques, y al pronto parece un laberinto por sus muchas columnas y crecido de sus árboles y flores; es un rectángulo y está adornado de cenadores formados por arcos sostenidos por columnas agrupadas de a cuatro en las esquinas y pareadas en la extensión de sus bandas. Todas ellas son delicadas y de alabastro y sus capiteles exactamente árabes; los arcos tienen las mismas proporciones que los demás descritos, aunque éstos están más primorosamente trabajados. En el medio de la banda del Este hay una especie de templete donde las columnas son más delicadas, las labores también y advertimos sobre el cuerpo regular que descansa en los capiteles de las columnas árabes elevarse columnitas pequeñas que figuran sostener el arco, y están apoyadas en esos cuerpos que parecen en este lugar sus pedestales. Todo el muro que se extiende hasta el tejado está prodigiosamente labrado sin notarse semejanza con el entablamento griego ni romano.

La fuente que ocupa el centro de este patio llama la atención señaladamente por verse esculpidas figuras de leones que en número de doce sostienen la gran taza o mar; del centro se eleva una columna que a poco remata sosteniendo una taza más pequeña; el juego de sus aguas es ingenioso, pero las figuras de los leones dan a entender que los árabes no habrían hecho progresos en la escultura cosa que nada tiene de extraño si atendemos a la ley de Mahoma, ley que se halla violada en esta fuente, y me parece no podría ser otro motivo sino el objeto sagrado que representaba cuál era la piscina del templo de Salomón. A un lado del patio está la sala de los Abencerrajes; a otro la de las Dos Hermanas y en la banda del Este la Sala de la Justicia, de todo lo cual hablaremos con especialidad.

Sala de la Justicia.—En la banda del patio de los Leones que corresponde al Este está la gran sala de la Justicia, cuyo nombre es un arcano para nosotros. La tradición vulgar cuenta que allí se juzgaba a los criminales, pero no hay para esto

otro fundamento que la fábula de la reina sultana que por tan sabida se calla, y las pinturas que adornan una parte de los muros de esta sala. Lo primero es una invención y cuento con que en mi país duermen a los niños sus nodrizas y lo segundo nada prueba como lo diremos cuando expresamente hablemos de las pinturas árabes de Granada. Esta sala, construida en forma de galería, daba paso a las habitaciones interiores comunicando las del sur y norte; no deja por eso de estar adornada con la misma prolijidad y gusto que admiraremos en las otras, si bien maldecimos las injurias del tiempo que se ven cebadas en las cenefas que adornan sus paredes merced al descuido de los indolentes y apáticos gobernantes que sin poder decir lo de "piso el lujo y el orgullo derribo" podían decir no conozco de quién fue este palacio, ni me curo de saberlo. Esta sala está formada con arcos que parten de sus ambos lados sostenidos por columnas; no forman un semicírculo como lo general de los arcos árabes; se acercan algo a los góticos; se prolongan en su parte superior hasta formar casi un ángulo, si bien desde este punto sus líneas se inclinan a la curvatura regular; todos ellos están diestramente labrados, festoneados graciosamente, formando curvas y caprichos singulares que dan una vista alegre y sorprendente; los triángulos que forman las líneas de los arcos y la recta que toca el punto de su parte superior están adornados a uso árabe si bien en este lugar parecen sus labores imitar el ramaje de un árbol, y un círculo que aparece en medio podría tomarse por su figura y tamaño por uno de los platillos con que adorna el orden dórico su friso. Una cruz en el antero de la sala indica que allí se dijo la primera misa; el cristiano venera aquel lugar y mudo contempla entre las ruinas de opulentos palacios la sublime sencillez de aquel monumento, grande por el sitio en que está colocado y las ideas que recuerda a la imaginación del piadoso. Pereció Abdalla, pereció Boabdil, también Muley Hacén, igual suerte tendrá la secta de Mahoma, pero la religión santa de Jesucristo vive y vivirá hasta la consumación de los siglos.

Sala de los Abencerrajes.—En una de las bandas del patio de los Leones está la gran sala de los Abencerrajes; cuanto de más bello ha podido crear la imaginación y la paciencia poner en obra ha sido diestramente ejecutado en esta sala; ni sólo el capricho ha inventado las prolijas labores de sus muros y techumbre; el conocimiento más profundo de la geometría, ayudado del buen gusto apenas bastarían hoy para hacer una obra igual dado que se encontraran obreros cuyas delicadas manos supiesen imitar la filigrana berberisca. A lo que parece debieron construirse con molde todas estas prodigiosas labores, cuya igualdad no es fácil concebir de otro medio; vese una línea salir de un punto y después de haberse perdido trazando ángulos y figuras caprichosas aunque estrictamente arregladas

volver al punto de donde partió. No son menos admirables los techos, que presentan todos ellos grutas de donde penden estalactitas pintadas de los más bellos colores. Aún admiramos estos techos en algunos edificios construidos después del renacimiento de las artes. El azulejo adorna a esta sala como vara y media del suelo con los mismos recortes que hemos admirado en otras, y las inscripciones siguen el orden de las molduras, siendo como marcos de los cuadros donde aquellas están encerradas. El pavimento es de mármol blanco, compuesto de varias piezas y algunas de mérito por su longitud y todas por su espesor y transparencia. Ocupa el centro una bellísima fuente, cuyo desagüe con ruido agradable se pierde en las habitaciones interiores; nada le falta a este sitio para ser poético; la tradición lo ha embellecido con la desastrada muerte de los más valientes adalides granadinos. La mistagoga aún ve y hace ver a los curiosos la muestra del enrojecido mármol con la sangre de la tribu fiel. De esto nada podemos decir: Yo respeto aún las fábulas de Granada. Son tan bellas que sujetando un poco a veces la crítica y el talento, nada se pierde con dar ensanche a la imaginación si esto nos ha de proporcionar buenos ratos.

Sala de las Dos Hermanas.—Esta sala así llamada por dos piezas de mármol del pavimento que tienen dimensiones extraordinarias reúne cuanta riqueza de adorno pudieron inventar los orientales, y cuanta perfección en su ejecución los civilizados moros de Granada. El azulejo diestramente labrado, la filigrana de sus muros si cabe aún más delicada que la que hemos admirado hasta ahora; las dovelas de los arcos de sus puertas y ventanas con prodigiosos trepados, y su techo con pendientes grutas y estalactitas pintadas de azul y oro darán una idea de la majestad de esta pieza desde cuyo centro se advierte el orden interior de las habitaciones y puede admirarse la perspectiva que presentan; no hallamos diferencia esencial que advertir en esta sala comparada con la de los Abencerrajes; más o menos prolijidad en las labores pero siempre el mismo gusto aunque diferentes caprichos; guardan el mismo orden las inscripciones y advertimos cuadrados en los cuadros que figuran las labores en lugar de los cuadrilongos del anterior aposento.

Si tuviésemos por modelo el juicio de las mujeres, de los niños y de los hombres del campo, haríamos ahora una completa descripción del comedor de los reyes y del tocador de la reina. El primero nada ofrece que merezca llamar la atención de los curiosos, y el segundo con todo el carácter árabe nada presenta digno de atención sino la hermosa vista que se disfruta cuando se repara parte de la ciudad a nuestros pies, las hermosas colinas del frente y el risueño bosque que partiendo desde los cimientos de la fortaleza se pierde en los paseos de Darro que sub-

sisten hoy para gloria del laborioso Jucipo. Tampoco hacemos mención del sahumador de la reina que allá en mis infantiles años me encantaba aún más que todo el palacio; ni la Sala de los Secretos, que no en balde los amantes se apresuran a ocupar los contrapuestos aunque correspondientes ángulos, ni de un sin número de fabulosas tradiciones que constituyen a Granada el país clásico de los romances. Y paso inmediatamente a la gran Sala de los Embajadores.

Sala de los Embajadores.—Unos aposentos estaban empleados en los usos interiores, otros servían para la diversión y otros para ostentar todo el del poder y grandeza; éste que examinamos pertenecía a esto último; y sólo viéndose es como puede formarse una idea de su riqueza y de su majestad. El azulejo en su última figura y delicado trabajo adorna a especie de zócalo los muros de esta sala bien conservada hoy mismo hasta la altura que lo usaban los árabes y hemos dicho en otras habitaciones; una cenefa toda compuesta de figuras piramidales termina el zócalo, y da lugar a una inscripción ininterrumpida continuamente por los huecos de las ventanas y puertas. Entre éstas se eleva hasta poco más de la recta que corta sus arcos una labor menuda que forma unas figuras oblongas y exactamente iguales; exceptuando los cuadrilongos inmediatos a los ángulos de la sala que la tienen distinta practicada con líneas rectas. Otra inscripción rodea la sala a esta altura y empieza una ancha lista de labor formada a líneas curvas y denotando figurando (sic) medias elipses. Otra estrecha cenefa divide de ésta la faja que pudiéramos llamar el friso y aun queremos ver la metopa del dórico en los cuadrados en que está dividida la labor; y los platillos en los florones ochavados que los ocupan; pero no nos es dado alimentarnos con ilusiones. Admiramos otra inscripción como base de cinco arcos que figuran otras tantas claraboyas y a los que les sirven de marco unas figuras paralelogramas (sic) ni más ni menos que las ventanas que hoy se usan; el hueco que hay entre la línea recta y la clave del arco está prodigiosamente labrado, así como las distancias de arco a arco; otra inscripción sirve de base a un cuerpo de pequeñas columnas que más que intentar sostener el peso del techo indican el gusto, la riqueza y el primor del salón. Vemos en el techo los mismos cuerpos colgantes aunque notamos adornos exquisitos y materias de calidad estimable, como la concha, el nácar y el oro. Las dovelas de los arcos de las puertas y ventanas están primorosamente labradas, y los arcos exteriores de estas últimas sostenidos a dos por una columna en medio y otras angulares, se acercan en figura a la media luna símbolo tan adorado de los musulmanes; la vista de estas ventanas nada deja que desear estando situadas al norte de la torre de Comares en cuyo hueco está construido este salón, y que domina una gran parte de la ciudad, la Carrera de Darro y el bosque o parque de la Alhambra. El alcorán se

guardaba parece en este salón; para eso hay unas alacenas a la derecha e izquierda de la puerta que da al patio de los estanques, pero yo creo que han de ser puestas allí a lo menos unas puertas en dos hojas después de la expulsión de los moros pues no conviene tanta sencillez y si se quiere grosería con la magnificencia del salón y la veneración del depósito que guardaban.

Nada mejor que este aposento recuerda las tradiciones orientales de que habla la escritura cuando el profeta dijo que entró en una torre pintada con oro y plata.

Acordémonos por un momento del estado de esta pieza cuando estaba adornada con todo el lujo oriental, llena de ricas tapicerías, de vasos preciosos, de armaduras brillantes, y cuando Abu Abdalla o Muley Hacén recibían a los príncipes cristianos o declaraban la paz y la guerra. Todo pereció, pero aún queda la memoria de hechos ilustres y esto es bastante para el filósofo y para el sabio.

Baños.—Las habitaciones destinadas a los baños tenían la misma riqueza de tantas otras y la propiedad además de ser muy adaptables a su objeto; una frescura deliciosa y una opacidad agradable hacían encantadores aquellos lugares propiamente orientales y casi prescritos por la ley de Mahoma: aún hoy hacen diferencia de baños para los infantes y baños para los reyes; no sabemos si realmente era así pero lo que no tiene duda es que unos son magníficos y otros más modestos. En los primeros se halla reunido cuanto de precioso y prolijo tenía la arquitectura árabe y los segundos se ven despojados de aquella elegancia en la forma de las habitaciones y paciencia en los adornos tipos de su arte. En los primeros además de los arcos redondos formando un semicírculo prolongado, de la envoltura de las columnas, del azulejo primoroso, de las inscripciones guardando el mismo orden que en las demás habitaciones, la caja del baño de transparente mármol, la delicadeza de los arcos que apoyados en una columna en medio departen a los muros, y las tribunas que ocupaban en sus tiempos los pífanos y añafles, prueban el gusto, la riqueza y la suntuosidad de aquellos soberanos. Los que llaman hoy de los infantes son las más pobres habitaciones que tiene la Alhambra: columnas sin basa y cuyo capitel [se] advierte groseramente labrado sustentan arcos cuyas dovelas no tienen moldura alguna y cuya figura, un semicírculo prolongado, se acerca mucho al signo querido de los musulmanes; ni una inscripción ni labor de ninguna clase adornan sus muros que únicamente conservan el azulejo a cuadros cual si fuera un tablero de damas; sin embargo no por eso estaba descuidada la parte necesaria pues se notan aún los conductos por los que pasaban el agua fría y caliente, así como en los otros primorosos de que hemos [hecho] mención.

El pequeño jardín de la Alhambra que llamaran los árabes Lindanaxara y que

el vulgo traduce Linda Alhaja nada tiene de particular, sino unas columnas que sostienen arcos de medio punto y cuyas basas son cuadradas contra el uso ya indicado de los árabes.

No podemos menos de hablar de una fuente sencilla sí, pero encantadora por el sitio que ocupa y los recuerdos que ofrece a la imaginación; se halla en el camino de la Torre de la Vela a la mano derecha; es menester bajar una pequeña cuesta y como está medio arrinconada no muchos reparan en ella; de un muro sin adornos y medio destruido brota un caño de agua clara que viene a caer a una pila de mármol blanco, de figura cuadrilátera a quien adorna una inscripción por cenefa; y en su cara o costado principal unos medios relieves que figuran leones asiendo por el cuello a unos que parecen cabrones o a lo menos animales con cuernos. Ya es la segunda vez que vemos infringida la ley de Mahoma y siempre en fuentes; no es gran cosa el dibujo de tales animales, pero si se ha [de] citar a alguno como menos malo citaremos para los curiosos el de la derecha del espectador.

DEL GENERALIFE

El Generalife nada ofrece que pueda darnos idea de la arquitectura árabe. Modesta fachada encierra en su recinto encantos naturales más que prodigios del arte. No hallamos tampoco la riqueza en las habitaciones que en el palacio árabe. Tal vez esto pereció al tiempo de la conquista. Nos inclina a creerlo así la larga hilera de cuartos mezquinos y todos de construcción moderna; pero de cuánta maravilla no sería capaz aquella casa cuyo nombre indica casa del amor y que servía para recreo de los reyes moros. Otra vez la citaremos cuando hablemos de las lindezas naturales que hoy tiene, y la galería de los retratos.

CUARTO REAL DE SANTO DOMINGO

Este cuarto, llamado así porque servía también ya de descanso para los reyes moros ya era casa de algún cortesano y rico granadino, es en el día un embobedado primoroso y de mucha elevación formado por añejos laureles y terminado en un rico gabinete de arquitectura árabe, aunque no de tanto gusto y prolijidad como las viviendas reales; mas como quiera que el tipo del arte sea el mismo no nos detenemos en más explicaciones.

Otro tanto decimos de la casa que está frente al puente de la gallinería y otro tanto de algún otro monumento que poseen algunas casas de Granada señaladamente en la Carrera del Darro y entre ellas la de los Marqueses del Salar. En

fin, la construcción de las casas de Vivarrambla y muchas de sus calles nos indican la dominación de los árabes, a quienes un mal gusto había contaminado para el aspecto externo de sus edificios y dirección de las calles.

AMPLIACIONES

Puerta de la Justicia.—El arco de esta puerta es un semicírculo prolongado apoyado en dos columnas que están embebidas en los muros y que presentan un aspecto feo por sus mezquinas proporciones; en efecto, el fuste de la columna es mucho menor que el arco o lo que es lo mismo, la parte que sostiene es menor que la sostenida. El arco está hecho con cercha como casi todos los árabes; la inscripción árabe que la adorna a uso de su arquitectura asegura que fue edificada en el año de 749 de la hégira.

Patio de los estanques.—Tiene 150 pies de largo y 85 de ancho.

Patio de los Leones.—Este patio es el tipo más perfecto de la arquitectura árabe. Tiene 100 pies de largo y 60 de ancho; lo rodea a todo él un peristilo de columnas ligeras, y en dos de sus frentes un cuerpo avanzado en forma de pórtico; el tejado desfigura hoy esta preciosa obra; parece que las tejas comunes que hoy tiene han reemplazado a otras barnizadas que debían cobijar un cenador en tiempos antiguos.

Tocador de la Reina.—La pequeña pieza que hoy tiene este nombre fue en lo antiguo un oratorio de los árabes, y convertida en tocador en los tiempos de la conquista; toda ella está pintada por modernos artistas, y si hemos de creer a los cronistas de nuestra pintura y demás bellas artes quizá no tendremos inconveniente en atribuir las que adornan este gabinete a Julio y Alejandro, discípulos de Udina y enviados por Carlos V a Granada a pintar adornos latinos en el mejor monumento de la Edad Media.

Carácter particular de la arquitectura árabe.— Me parece, según las observaciones que hice en Granada que el carácter de esta arquitectura que la distingue de todas es el arco; es tan diferente del gótico o tudesco, llamado así falsamente, que al momento lo notamos sin tener conocimientos arquitectónicos; éste es siempre agudo para que sostenga las altas bóvedas de los templos o palacios o ya forme las puertas o ya esté sostenido por columnas en las galerías o pórticos, cuando el árabe es siempre un semicírculo prolongado que estrecha en las impostas lo bastante para formar la figura de una herradura o media luna, símbolo de los musulmanes; y el intercolumnio tiene más luz a proporción que el gótico; conserva las mismas dimensiones; el arco árabe está usado en todos sus edificios si excep-

tuamos los de la Sala de la Justicia de la Alhambra, algunos del patio de los Leones y los de la tribuna de la Catedral de Córdoba; pero esta arquitectura no la señalamos como el tipo de la de los árabes. Esta famosa mezquita construida en el siglo VIII tiene una semejanza notable con el modo de edificar de los romanos en tiempo de su decadencia; notamos muchos capiteles verdaderamente corintios, y en lo general a todos ellos les queda mucha remembranza de los órdenes griegos y romanos.

Casi todas las habitaciones del palacio terminan en un cono truncado a imitación de una tienda de campaña; pueblos salidos de los desiertos quizá adoptarían para sus habitaciones aquellas formas que les recordaban sus antiguas costumbres; más nos asegura en nuestro modo de pensar ver en las labores las que tenían las tapicerías orientales con que las adornaban y no hallar rastro de puerta en las habitaciones interiores que debieron estar cubiertas por estos ricos paños y guardadas por esclavos. Esta forma de las habitaciones que admiramos hoy en Granada es peculiar también de su arquitectura, pues ni son estos los salones góticos ni las catedrales de León, Burgos, ni Sevilla.

[Al margen]: Las torres que adornan los edificios de la Edad Media son desconocidas en los edificios de los árabes.

Las columnas nunca las agruparon, sí las parearon, pero la arquitectura gótica la hacinó muchas veces por ser en extremo débil.

Partes en que conviene la arquitectura árabe con la llamada gótica.— No vemos en una ni en otra cuerpos salientes que formaban las diferentes partes del entablamento griego o latino; los muros son lisos bien así se eleven desde el suelo bien sean sostenidos por columnas. Conviene además una y otra arquitectura en los trepados de las ventanas y en la prodigiosa multitud de labores con que adornaban algunas partes.

Proporciones de la arquitectura árabe comparada con la griega y la latina.— Esta parte que es la más esencial para formar el competente análisis de una y otra y acertar quizá con su origen me ha sido impracticable en el día, por más esfuerzos que he hecho y trabajos que he prestado sobre el atlas de M. Lesage y las estampas de la Academia, he querido abrazar una sombra que parecía escapárseme en el momento que pensaba cogerla. Volveré a mi patria y quizá terminaré ayudado de mis amigos esta parte que no terminó el Sr. Jovellanos, quizá por su desgracia, pero de las observaciones hechas hasta ahora daré mi opinión sobre el origen de esta arquitectura árabe.

Cúlpome ahora haber estado mi vida toda en Granada y aficionado a la arquitectura no haberme dedicado a ese trabajo que ahora me hubiera suministrado

los preciosos materiales para hablar con acierto de una cosa muy delicada.

Los árabes de España no fueron siempre los mismos: Rudos y bárbaros tanto como los del norte al principio de su conquista no respetaron los monumentos de las artes ni las obras del ingenio. Quizá la benigna influencia del cielo de Andalucía despertó en ellos el amor a las ciencias, y dio lugar a la época más floreciente de la España. Los cultos árabes de Andalucía sobrepujaban en mucho a sus antagonistas guerreros casi insociales, divididos en bandos y parcialidades. Y cuando la lengua castellana no había salido de las mantillas en que la tenían envuelta por una parte la degeneración de la latina y por otra la de las septentrionales, Ben Maphut fundaba en Córdoba una biblioteca, los califas, los príncipes y los emperadores cantaban sus canciones al son de la lira, Alí Zerial abría una escuela de música en Córdoba, Averroes traducía las obras de Aristóteles, inventaban el álgebra, y Abú Zacarías daba reglas y fijaba los elementos del arte de la labranza.

Tan largo período de felicidad produjo los buenos resultados que debían esperarse. Las ciencias naturales abrieron la senda a las artes útiles y a las bellas y a las imitativas; y poesía, pintura, escultura y arquitectura caminaban a la par. Muy curioso y útil sería hacer investigaciones sobre las primeras, por lo que hace a mí hablaré en este ensayo de la última y atendiendo a las magníficas obras que nos han quedado, restos de su poder y grandeza divido en dos épocas su arquitectura; de la primera tenemos un modelo en la catedral de Córdoba, hoy mezquita (sic); y de la segunda, y esta verdadera arquitectura árabe, el palacio de los reyes de Granada.

Advertimos una gran analogía a primera vista entre los edificios árabes y los falsamente llamados góticos; no se crea por eso que unos son hijos de los otros; únicamente podemos decir esto de aquellos que se edificaron antes de fines del siglo XII, es decir, antes de comenzar aquella época en que se empezaron a gozar las ventajas que produjo a la ilustración la venida de los cruzados; tales como la Cámara Santa de Oviedo. No dudamos que los adornos que se ven en tales edificios que el Sr. Jovellanos quiere pertenezcan a un orden llamado asturiano eran tomados del gusto de edificar de los árabes, pues en aquella época estaba edificada la Mezquita de Córdoba y había comercio entre los vencedores y los vencidos, y cuando no los esclavos árabes que a la sazón había en la parte cristiana de la España podieron enseñar aquellas artes que los españoles adaptaron a sus edificios, pero de esto a la magnificencia de los templos góticos, a la crestería de sus torres, a su arte diagonal, al adorno de sus torres piramidales, hay una distancia inmensa, y una diferencia que se percibe con facilidad. Con el Sr. Jovellanos hemos

atribuido el origen de la arquitectura gótica a la imitación de los edificios que admiraron en el oriente los cruzados; las torres de las puertas de las iglesias, a los castillos de madera que levantaban para batir las ciudades; y aunque el Sr. Laborde la remonta un poco más diciendo que su origen es de Constantinopla y los templos una imitación de las basílicas, cuando apareció el verdadero Dios; pudo ser éste el modo de edificar hasta el siglo IV, y después hasta el VIII en que los sarracenos destruyendo los edificios de los godos nos quitaron el placer de observar su arquitectura.

Pero la arquitectura falsamente llamada gótica no empieza hasta el siglo XII, cuando se había olvidado no solamente los principios de Vitrubio sino también los que alteraran las reglas en Constantinopla. Pero dejando aparte esto que en otro lugar apuramos diré que la Catedral de Córdoba tiene una semejanza marcada con estos edificios del Oriente; que los capiteles de sus columnas están ligeramente alterados, que los adornos de estuco pintados de distintos colores y las inscripciones doradas de que hay gran copia es una imitación de las que tenían las iglesias del Bajo Imperio, que el atrio que le precede es imitado del que precedía al templo de Jerusalén reedificado por Justiniano, y que la filigrana de las paredes y el mosaico de sus pavimentos es del mismo gusto que reinaba en Constantinopla donde imitaron este género de adorno de las telas de la India; pero aún no se había olvidado los buenos principios y así esta Mezquita que pertenece a la primera época de la arquitectura árabe ofrece continuamente rasgos del antiguo

La arquitectura árabe se perfeccionó en el siglo XIII. Los principios de la arquitectura vitrubiana se habían olvidado y todos los modelos se habían perdido; por otra parte la imaginación de los árabes no era para quedar siempre de serviles imitadores. Todo esto reunido produjo el modelo verdadero de la arquitectura arábica que admiramos en Granada. Las columnas seguidas, los capiteles cuadrados, los arcos elípticos, el todo de la obra y las menudencias aparecen con un carácter particular.

No tiene la magnificencia y grandeza de los edificios góticos pero en cambio tiene más blandura y más molicie; las menudas labores están trazadas en grandes líneas rectas apercibiendo de esta suerte el juego de toda la obra y lo más menudo de todos los adornos.

Los patios interiores adornados de pórticos no son invención de los árabes sino de los orientales; así es que representan el nombre antiguo de atrium, peristilum, cliptoporticus que leemos en Plinio. La casa del Libano en la Escritura estaba edificada alrededor de un patio de de 150 pies de largo y de ancho 75; muy semejan-

te es también la descripción de la casa de Salomón en Jerusalén que se lee en el Libro de los Reyes; el palacio de Persépolis y Susa ofrecen la misma observación y Virgilio dice hablando del palacio de Priano que dentro de él había un gran patio donde a cielo abierto el rey sacrificaba.

Esta arquitectura se distingue de todas por su gracia y su riqueza y muestra mucho ingenio en los directores de estas obras y mucha paciencia en los artifices que la ejecutaban. Et la grand plus belle encore que la beaute (sic). Algunos dicen que después de la expulsión de los árabes hubo una tercera época de arquitectura arábica pero se parece más al estilo gótico que a otra cosa. El siglo XVI había aparecido las semillas del buen gusto y las artes se veían renacer del caos en que habían estado sepultadas largos años; algunas reliquias de lo pasado adornaban los templos y los palacios y a esta época pertenecen la catedral de Segovia, los palacios de Benavente y Peñafiel y el Alcázar de Segovia. Aún después aparecieron labores en los cuerpos de arquitectura griega o romana y no hay que atribuirlos sino a la preponderancia que Rafael tuvo en su época y mucho después y a la imitación que era de esperarse de su lochas y grutescos.

Estos magníficos edificios que el tiempo respetó hasta ahora serán removidos desde sus hondos asientos y otras generaciones edificarán otros sobre ellos; sin tener ya memoria del uso a que estaban dedicados ni noticias de sus opulentos señores.

Puerta principal de la Alhambra.—Tiene 8 varas de alto desde el plano donde descansa hasta su última moldura encima de la inscripción. Suponiendo el módulo un pie castellano tendrá 24 módulos. Veamos ahora sus proporciones:

Claro del arco a lo largo	16-3	partes
Luz del arco en su mayor ancho	8-9	"
En su arranque... ..	7	"
Longitud de la columna con capitel y basa	8-3	"
Fuste de la columna	5-11	"
Capitel	1-8	"
Luz del intercolumnio	9	"
Dovelas	1-5	"
El friso donde está la inscripción	2-3	"
Ancho de toda la obra	22-4	"
Orden corintio sin pedestales. Altura	29	"
Altura del arco contando las basas de las columnas	19	m.
Ancho	5	"
Longitud de la columna con basa y capitel	20	"
Capitel: dos módulos y medio	2 y 1/2	"

Antonio Benavides



JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA
Patronato de la Alhambra y Generalife